

175 ANIVERSARIO. POETAS CATEDRÁTICOS

¿Cómo era la clase de Ignacio Ramírez en el Instituto Literario de Toluca? ¿Por qué fueron famosas las lecciones del “Vate” Garza? ¿En qué modelo pedagógico se basó el éxito de Villarello y de Horacio Zúñiga? El Instituto fue conocido en toda la República por la capacidad de sus catedráticos y por la dureza del régimen escolar.

En dos extremos de apreciación personal, José Vasconcelos guardaba los peores recuerdos de un profesor de matemáticas que seguramente lo reprobó, mientras que Daniel Cosío Villegas reconocía la indiscutible calidad y la disciplina del colegio. Ambos estudiaron en las aulas institutenses.¹

Sin embargo, la opinión más entusiasta es la de Leopoldo Zíncúnegui Tercero, poeta toluqueño, en un libro de anécdotas, en el cual escribe:

A fines del siglo pasado y principios del presente, el Instituto Científico Literario *Ignacio Ramírez* ocupaba uno de los primeros lugares entre las instituciones docentes de la República. Su cuerpo de profesores era de lo más selecto y distinguido, ya que estaba formado por maestros, pedagogos, literatos y profesionistas de los más sobresalientes de aquella época. (Zíncúnegui, 1971)

Entre los diferentes modos de enseñar que emplearon los maestros del Instituto, destaca la conferencia, exposición erudita, elegante y bien documentada sobre un tema o sobre diversos temas, pero cuidadosa en la forma, pulida, buscando siempre el giro apropiado y la palabra justa.

En ese terreno, el orador y el poeta llevaron siempre la delantera sobre el técnico y el científico. Una clase de don Felipe Villarello, aunque el tema no

1 Vasconcelos recuerda sus “estudios toluqueños” en su tetralogía *Ulises criollo* y Cosío Villegas describe en sus *Memorias* la disciplina del Instituto.



José María Heredia.



Ignacio Ramírez.



Juan B. Garza.

fuera literario, sino jurídico, era una bella exposición. Otro poeta, Horacio Zúñiga, quien fue su alumno, dijo una vez que el maestro Villarello era un "aristócrata del pensamiento".

Se ignora cómo fue la cátedra de José María Heredia, en 1834, pero, a juzgar por su estilo oratorio, exhibido en conmemoraciones cívicas y políticas, es de suponerse que como maestro fue también muy elocuente.²

MAESTRO DE MAESTROS

De la actuación de Ignacio Ramírez como maestro del Instituto de Toluca, al cual ingresó en 1850, la referencia más precisa es la que escribe Ignacio M. Altamirano acerca de una clase de literatura que "El Nigromante" dictaba gratuitamente los domingos:

Pude convencerme, entonces, de que los elogios que había oído no sólo eran justos, sino que aun quedaban abajo de lo que merecía la belleza de aquella lección dominical.

² El libro *Lecciones de historia universal*, escrito por Heredia cuando fue profesor de esa materia en el Instituto, se seguía utilizando como libro de texto en el Colegio de Letrán hasta muy avanzado el siglo XIX.

No era una clase fríamente preceptiva y vulgar. Ramírez allí enseñaba como no se había enseñado antes, como no ha vuelto a enseñarse después en México, sino es cuando él tomaba la palabra en los Liceos y en las Academias. Ni se limitaba tampoco al estudio de los diversos géneros literarios, sino que con motivo de las composiciones que se le presentaban, al hacer la crítica de ellas se remontaba hasta otras regiones, hasta las regiones de una altísima filosofía científica y literaria que nos dejaba asombrados, y que abría nuevos horizontes a nuestro espíritu. Era en toda la amplitud de la palabra, una enseñanza enciclopédica, y los que la recibimos aprendimos más en ella, que lo que pudimos aprender en el curso entero de los demás estudios. Allí se formó nuestro carácter, allí aceptamos nuestro credo político al que hemos sido fieles sin excepción de una sola individualidad. Porque es de advertirse, y es una cosa notable ciertamente, que ni un solo discípulo de Ramírez, en el Instituto ha renegado de los principios liberales y filosóficos que les inculcó el maestro, sino que, al contrario, todos los han sellado con su constancia y con sus obras, y algunos con su sangre. (Altamirano, 1977)

EL "VATE" GARZA

El auge del positivismo educativo en México coincide con el Porfiriato. En 1870, el gobernador del Estado de México, Mariano Riva Palacio, en comunicación con Gabino Barreda, decide que el plan de

estudios de la Escuela Nacional Preparatoria se aplique en el Instituto Literario de Toluca. La enseñanza se vuelve científicista. Surge el entusiasmo por el hecho demostrable y se elimina la superstición metafísica.

Dentro de ese ambiente, el catedrático más admirado del Instituto es el poeta toluqueño Juan B. Garza, conocido por sus contemporáneos como "El Vate". Uno de sus discípulos, el también poeta Leopoldo Zíncúnegui Tercero, lo conoció en los últimos años de su carrera docente, cuando sus ausencias eran frecuentes y su vigor estaba mermado por las enfermedades y —según refiere Zíncúnegui— por la bohemia.

Era profesor en el Instituto de la cátedra de psicología y lógica, mediando cada vez más grandes lagunas entre una y otra clase, pero cuando la casualidad permitía que ocupara su sillón de maestro, había que oír aquellas cátedras tan llenas de erudición y sabiduría. En una sola clase pasaba revista a veinte materias, desquitando el tiempo perdido, pues lo mismo se ocupaba de lógica, que de psicología, literatura, matemáticas e historia de todos los tiempos, sin faltar la historia alusiva o la anécdota graciosa y picante. Aquellas clases resultaban tan amenas e instructivas que no deseaba uno que terminaran tan pronto y cuando sonaba la hora de ponerle fin, aprovechándose de su sordera lo dejábamos que continuara disertando media o una hora después de que había sonado la campana. (Zíncúnegui, *Op. cit.*)

UN CABALLERO

Don Felipe N. Villarelo tuvo también amplia trayectoria en el claustro institutense. Catedrático del idioma español, mantuvo también el interés de los alumnos en la Escuela de Jurisprudencia del Instituto, de la cual fue director.

El poeta Enrique Carniado asistió a su cátedra en compañía de Horacio Zúñiga y de otros estudiantes y conservó un vivo recuerdo de la elocuencia del maestro Villarelo. Parte de ese recuerdo, es el siguiente párrafo:

Llegaba a los corredores de la escuela, de nuestro

querido e inolvidable Instituto, conservando el privilegio de cubrir su cabeza hasta el límite mismo del aula, con el reflejo de su sombrero de seda; ya descubierto y con el sombrero apoyado en el pecho, avanzaba hasta la plataforma central; su corta estatura se magnificaba por el respeto y la devoción que en él ponían nuestros ojos, y remontaba el escaño que lo colocaba por encima del plano de la clase, al nivel de su mesa; colocaba en un extremo de ella su sombrero, con el ala hacia arriba; ponía sobre su borde los guantes que, aunque no calzara, llevaba siempre en las manos; abría el cajón de su mesa y extraía el libro de asistencias, empezando a recitar con voz pausada, llena, rotunda, los nombres y apellidos de los alumnos. Cuando el libro había vuelto a su sitio, iniciaba su exposición, clara, bella, inspirada, con impecable sintaxis, giros galanos y escogido léxico; pero tan justa, tan perfecta, lo que él llamaba 'la concate-nación lógica de las ideas', que sus frases y sus conceptos abrían surcos indelebles en la plasticidad de los cerebros juveniles.

(Carniado, 1971)

MAESTRO DINÁMICO

Horacio Zúñiga fue el orador más importante de su tiempo. Ganador de juegos florales y de otros certámenes poéticos, sus discípulos buscaban escucharlo dentro y fuera del aula. En la biblioteca de su casa improvisó una academia de oratoria. En 1928, su fama creció cuando compuso los versos del him-



Felipe N. Villarello.



Horacio Zúñiga.



Emilio G. Baz.

no al Instituto Científico y Literario. Uno de sus alumnos, Guillermo Tardiff, escribió el siguiente texto:

Fue un maestro dinámico, dentro del concepto fáustico de la vida, su enseñanza nunca tuvo el estatismo de las normas académicas, ni la rígida disciplina de la gramática. Iniciaba sus cursos despertando el entusiasmo en los alumnos por el valor e importancia del idioma, como parte de la naturaleza y en proporción a la cultura de los grupos humanos, por el cual es posible exaltar el pensamiento filosófico, artístico y todos los valores del espíritu.

Enseñaba gramática, pero con un sentido vital, aplicándola en ejercicios constantes de hablar y escribir; actividad que estimulaba con su ejemplo. Cada tema que desarrollaba lo hacía con un discurso que rebasaba los términos de la gramática para adentrarse en la filosofía, la historia y la sociología. Rompía los antecedentes tediosos de la conjugación o la sintaxis de las palabras, para llevarnos a la conjugación y sínthesis de la vida. (Tardiff, 1956)

A través de los que fueron sus discípulos, es posible conocer el perfil docente de otros poetas que ocuparon la

cátedra institutense en diferentes momentos. El poeta catedrático y el catedrático orador ocupan un lugar importante en los 175 años de historia que celebra la Universidad Autónoma del Estado de México este año, particularmente en su primera etapa, que fue la de Instituto Literario.

El entusiasmo del poeta Horacio Zúñiga es evidente cuando, al recordar la clase de matemáticas de don Emilio G. Baz, en el Instituto, exclama:

¡Eso era enseñar! ¡Ese sí era un maestro!... Así, ya lo creo que cualquiera aprendía, aun sin estudiar... ¡Bastaba con ir a la clase y estar muy atento oyendo sin perder una sílaba de los labios sibilinos!... ¡Caramba!... ¡Lo que era estar en el Instituto! (Zúñiga, 1965: 219).

La época de oro del maestro expositor corresponde al siglo XIX, pero se prolonga hasta bien entrado el siglo XX, que es cuando empiezan a surgir otros estilos didácticos en la Universidad Autónoma del Estado de México. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Ignacio M. (1977), *Biografía de Ignacio Ramírez*, Testimonios del Estado de México, Toluca.
- Carniado, Enrique (1971), citado por Gonzalo Pérez en *Obra poética de Felipe N. Villarello*, Gobierno del Estado de México, Toluca.
- Tardiff, Guillermo (1956), "Tres maestros", en *Ideas, imágenes, palabras*, Toluca.
- Zincúnegui Tercero, Leopoldo (1971), *Toluca en mis recuerdos*, México, Ediciones LZT.
- Zúñiga, Horacio (1965), "El Instituto", antologado por Mario Collín en *Toluca, crónicas de una ciudad*, México.